

YO, LUCRECIA

Maruxa Duart Herrero

[Alguien, una hermosa mujer, descendiente de la hermosa Saetabis, recogidas las faldas, avanza con paso ligero y los cabellos al aire. Su mirada es triste, al principio le falta el aliento, pero se encuentra determinada a contar su historia. Su atuendo es el propio de la época. Una corona de flores cae sobre una larga melena canosa. Su cara es aún agradable y hermosa. Sus ademanes tristes pero enérgicos. Un telón de terciopelo azul marino se verá reflejado por dos focos. En ocasiones, sólo uno, circular enmarcará a Lucrecia. La imagen de Alejandro VI estará presente o no interrumpiendo su relato cuando suspira o se ve abatida. Un proyector reflejará las distintas imágenes de los personajes: hermanos de la reina y sus disputas. La música de la época aparecerá con insistencia, enfática, con motivo de realizar separaciones y crear escenas].

Personajes: Lucrecia, Voz en Off, Pietro, Pierre Terrail Bayard

LUCRECIA: Yo Lucrecia, una de las mujeres más calumniadas de la historia, hija del Papa Alejandro VI y de Vannozza Cattanei, declaro que los hijos ilegítimos eran frecuentes en las familias nobles eclesiásticas y en las que no. Doy fe que me desposé tres veces, tuve ocho hijos y abortos complicados y que a todos amé como a mi misma. Fui una buena madre para mis hijos.

[Lucrecia abre las manos. Habla enérgica aunque abatida, al mismo tiempo. Se da visibilidad a la imagen de Alejandro VI sentado en un trono compungido, a punto de levantarse y abrazar a su hija].

Morí por fiebres puerperales, como la mayoría de entonces, tras parir a mi última hija, que no me sobrevivió sino unas semanas contando yo 39 años. Doy testimonio de que era yo a quien más veneraba mi padre. [Lucrecia toma fuerza y se revuelve al público]. Soy testigo que por aquel entonces las promesas de matrimonio las encargaban los progenitores con familias allegadas con un igual desde el momento de nacer, aunque luego según circunstancias los desposorios se llevaran a cabo o no. Digo que mi caso no era atípico ni inusual sino todo lo contrario, pues era el sino de aquellos tiempos.

Quiero testimoniar que el juicio de los tiempos ha sido injusto y mentidero con mi historia pues ha cargado contra mí de manera cruel y despiadada, tildándome injustamente de mujer sin escrúpulos, desenfrenada, ambiciosa, envenenadora e incestuosa, ávida de sexo y placer. [Clama, con voz que retuena en el escenario. Abre las manos y los brazos, reafirmando sus palabras. Alejandro VI se levanta y merodea por el escenario]. Han mentido durante cinco siglos, engañando páfida y vilmente como a veces ocurre, construyendo por intereses una leyenda negra, aquellos a quienes convino y conviene una falsa e hipócrita leyenda de depravaciones e inmoralidad sobre mí y la familia Borgia. [Suspira de nuevo].

Acaso nadie puede pensar la manera desgarradora en que mi padre sufrió el asesinato de uno de sus hijos. ¿Cómo alguien puede pensar, a pesar de no existir probanza ni fundamento que mi hermano Juan fue muerto por César, sino quienes alimentaron su malvada y monstruosa reputación sacando jugosos beneficios?

¿Es posible que nadie se pregunte de por qué se profanó la tumba de mi padre y esparcieron sus huesos? Todos saben que fueron romanos los que quisieron liquidar su labor y memoria por ser de la Corona de Aragón y de España, y beneficiar a los españoles. Todo comenzó con la intromisión de Aragón en Nápoles y el miedo de la poderosa nobleza romana a perder sus propiedades, de ahí el odio de los grandes a todo lo español, ya que por mis ancestros no éramos romanos, aunque nuestras madres lo fueran, y allí hubiéramos nacido. Éramos los Borgia, los advenedizos extranjeros poderosos y contra nosotros han valido y valen panfletos y todo tipo de injurias.

Mi padre Alejandro VI fue asesinado, como anteriormente lo fueron otros, en torno a veinte papas murieron delante de él, de ahí que aprendiera sobre las intrigas de la corte papal a la que llegó siendo niño junto a su tío, el pontífice Carlos II. Fue mi padre un hombre y pontífice culto, humanista, político y gran diplomático, amante del lujo y el refinamiento, en un tiempo donde entre los príncipes de la iglesia y los del resto de territorios no existían diferencias ni fronteras. [Se da visibilidad a la imagen de Alejandro VI sentado en el trono compungido, sin atreverse a abrazar a su hija].

Es cierto que en Roma eran conocidas numerosas amantes, a usanza y maneras de los demás príncipes de la iglesia o de los otros estados, también que mantuvo largos años estables con mi madre, algo por lo demás común en la vida privada de los prelados de la Iglesia, pues los mismos papas, no se abstenían de mantener relaciones sexuales, convivían con mujeres y distintas amantes, y era común que procrearan hijos a los que favorecían con múltiples prebendas. El mismo Inocencio VIII, fue el primero, que se sepa, en no llamar sobrinos a sus propios hijos, como era costumbre, sino hijos, haciendo ostentación pública de la práctica de prebendas.

Doy fe que mi imagen de mujer fatal fascinó a escritores de todos los tiempos. El mismo Víctor Hugo me definió como una mujer viciosa, despiadada y maestra en venenos a pesar de que, evidentemente, no me conoció. Nunca envenené, ni hice matar y, sin embargo, contra todo, testimonios y lógica, una burda leyenda se tejió en torno a mí.

Amé a mi manera a Giovanni Sforza, aquel que llamaban el impotente, de quien tuve un hijo, aunque es cierto que me defraudó, pues de él viene la mala leyenda del incesto que me sigue persiguiendo. ¿Qué tuve yo qué ver con el asesinato de mi segundo y amado esposo y padre de mi hijo, de quien me enamoré profundamente, Alfonso de Aragón, duque de Bisceglie e hijo bastardo del rey de Nápoles, vinculado a la Corona aragonesa? Alfonso fue hombre apuesto y cordial con quien compartí aficiones literarias y mecenazgos en artes. Dicen que a los veinte años mi propio hermano me dejó viuda. No creo en ello, pues mi hermano me amaba, no por mi hermosura, no con la concupiscencia que le atribuyen quienes han repetido hasta la saciedad un relato morboso, sino como a una hermana querida. A César le podía la ambición como a muchos poderosos y eran tiempos convulsos. Las intrigas políticas eran cosa aparte. ¿Acaso Alfonso no tenía enemigos? ¿Lo era César?

Historiadores interesados e hipócritas han machacado lustro tras lustro han tejido una gigantesca patraña: “Ahí viene la puta del Papa”.

¿A quién ha convenido y conviene la recreación de esta leyenda morbosa de que se ha reproducido en el tiempo distorsionando historia y vidas a su conveniencia sino a quienes obtuvieron y obtienen aún hoy devengos de succulentas ganancias? No puedo defenderme y ello me apena.

Siquiera mi matrimonio con el poderoso duque D'Este, en una Italia dividida en poderosos estados gobernados por dinastías como los Medici, Orsini, Ferrara, Sforza, Gonzaga o los D'Este, sirvió para frenar la leyenda, ya que las disensiones entre los partidarios de Francia o España, que ocupaban sendos territorios y gobiernos en los estados italianos y se encontraban en conflicto continuo, alimentaron la oscura leyenda que se cernía sobre nosotros. Digo, que llevé con la dignidad que pude, la indiferencia y amantes, de dominio público, de mi tercer esposo, el duque D'Este, a mí, madre de su numerosa prole; los amores con Laura Dianti, con la que vivió a la luz de todos al morir yo.

VOZ EN OFF: Surgen de la nada Pietro Bembo, un gran erudito del siglo y también el humanista francés Pierre Terrail Bayard en defensa de Lucrecia y su memoria.

PIETRO: “Yo Pietro soy testigo que Lucrecia nada adolecía de frívola o superficial, sino que, lejos de ello, era erudita, mecenas y lectora voraz, cosa que compaginaba con el cuidado de los hijos que sobrevivieron en su tercer matrimonio: Hércules, Hipólito o Eleonora, de cuya preparación intelectual se ocupaba personalmente junto a reputados humanistas”.

PIERRE TERRAIL BAYARD: “Yo mismo, Pierre Terrail Bayard escribí a Luis XII afirmando en favor de Lucrecia que nunca vi tan buena y principesca duquesa recibir a nuestra corte, pues es hermosa, dulce y amable con todo el mundo”. Y declaro que eso fue así durante los 19 años que vivió Lucrecia en Ferrara, rodeada de arte y cultura y alejada por completo de la intriga política, dando el toque de refinamiento y esplendor que había conocido en su infancia en la corte de los Borgia.

“Nunca se deberían prestar cañones a quienes pudieran servirse de ellos para disparar contra nosotros –dijo alguien bien conocido y sabio”, Darío Fo.